**El ocaso del Imperio Carmesí**

1. La esmeralda decimada

Aún ni había empezado el día, oficialmente, excepto, para los pescadores y los maquinistas, cuando la tranquilidad de un momento familiar fue agraviada visceralmente. Era por entonces el oscuro comienzo de una fría jornada cuando la embarcación llamada “Esmeralda” fue atacada por piratas. Los viejos corsarios tomaron al capitán Juan P. C. y a su tripulación por sorpresa a las primeras luces, disparando cañones camuflados e invadiendo a traición con puentes improvisados que colgaban desde botes ocultos entre los altos islotes que estaban desperdigados por aquel pasaje del Mar de Dios.

Antes del primer destello de la artillería, unas aves se habían estado alimentando por los alrededores. Luego de la explosión del aparato de dos mil quinientos gramos, las aves caían al agua, aturdidas y desorientadas. Pero ese súbito estruendo ocurrió en medio del supremo sosiego que unos navegantes experimentaban aislados de tales violencias, ocupados en una monotonía que se esforzaban por sobrellevar.

En la vieja embarcación pesquera y de transporte de mercadería, todo iba tranquilo, de modo que nadie sospechaba algo sobre la inminente emboscada. La visión del horizonte desde lo alto era perfectamente clara en la torre del carajo, no habiendo indicio alguno que haga sospechar que ocultas tras los grandes peñascos, le esperaban dos naves preparadas malsanamente para el asedio. A penas dando la vuelta a los peñascos, y aprovechando el punto ciego de los navegantes, un enjambre de piratas se relamía y frotaban las manos anticipadamente, mientras algunos cañones recalculaban el desplazamiento de su objetivo con atención geométrica.

Desde un balcón lateral de la “Esmeralda”, Puaj contemplaba una calmada escena sublime e indescriptible, pero por muy bella que fuera, le sacudía intensamente en conjunción a otros asuntos. Creía reconocer algo abominable en la inmensidad de una armonía que representaba al mismo tiempo un caos desconocido. El Sol empezaba a asomarse desde el horizonte, anunciando el amanecer, y diversas rocas grandes sobresalían a un lado, desde su punto de vista en uno de los lados de la nave.

Hacía frío, pero ensimismada, la niña era un caos ardiente, alternando sus pensamientos entre lo misteriosamente hermoso del paisaje, pero también de un aburrimiento contenido por meses de navegación, y especialmente, de lo conversado hace poco con su padre. Le parecía increíble que él no pudiera creer las noticias que relatan lo relacionado a una opresión a ciertos enanitos de sombreros alargados y que prefieren el color verde, bajo el yugo absolutista de cierto régimen autoritario. No creerlo, para ella, una niña, suponía una suerte de negligencia, por cuanto creía poderosamente en la imaginación, muy contrapuestamente al carácter de su padre quien escéptica y materialmente gustaba de atenerse a los hechos tan objetivamente como le fuera posible. Ello solía traducirse en discusiones menores, de las que se olvidaban.

El proceso previo a la reflexión que se desencadenaba en ella, mientras recibía un calmado viento costero de quietud, fue interrumpido por el anciano Don Porfirio, quien era barrendero oficial de cubierta y mayordomo primero. Le traía una bebida con cierta trampa. Se veía naranja y espeso, pero la niña no lo cuestionó. Puaj recibió inconscientemente el brebaje y antes de beberlo le preguntó al anciano – ¿Cuánto falta para llegar a Pueblo Feliz? ¡Me voy a volver loca del aburrimiento!

El veterano marinero de uniforme blanco le sonrió a la hija del capitán y empezaba a enunciar una respuesta, cuando fue interrumpido por una erupción espontánea. Una detonación, una explosión en su cara. ¿Era, acaso, uno de los cañones piratas?

Desde la boca de la joven, pero determinada Puaj, se producía una expulsión, producida por su sensible sentido del gusto y conocimiento de las frutas que transportaba; Escupía todo el jugo mezclado con su medicamento en tres lugares puntuales, se producía un cañonazo de jugo expelido de sus fauces insensatas, al tiempo que el anciano marinero se decía a sí mismo - ¡No de nuevo! - Lo primero en recibir el extracto de frutos tropicales con pastillas molidas para el mareo fue el rostro de Don Porfirio y lo segundo su uniforme, para luego caer finalmente en la cubierta, lo cual al principio causó risas casuales, pero luego se difuminaron severamente cuando el oficial del puente se acercaba con un rostro desorbitado.

Antes de las otras detonaciones, el piloto jugaba alegremente naipes con el práctico. Apostaban fósforos y jugaban limpiamente, compitiendo en realidad en un cálculo probabilístico de aquellas cartas que veían, estimando el resto a medida que iban apareciendo en la partida. Sucedía con frecuencia que alguno ganaba anticipadamente por su rapidez lógica, cosa que ciertos marineros no lograban comprender y explicaban el asunto mediante factores mágicos. Al mismo tiempo, un oficial encargado de las jaulas de palomas mensajeras discutía con un pasajero que se quejaba de ciertos barriles de fruta maltratados. A un lado y otro miraban las palomas nerviosamente, haciendo sonidos guturales que se vislumbraban como un sentimiento contenido de culpa. El maestre miraba la discusión indignado con la mano en el cinto, mientras que un marinero silbaba al costado distraído. Una mujer empaquetaba cadito en una mesa junto a tres hombres, que en cadena, procesaban la hierba en un paquete simple con un letrero de la marca familiar y un manual instructivo de las infinitas posibilidades de su aplicación.

Había dos hermanos en la tripulación, el oficial de máquinas y el artillero principal. Luego del desayuno, se les permitía a los marineros un receso que ellos oficiaban en subir a la torre del carajo para fumar de sus pipas y no contaminar de humo a la tripulación. A ellos se les hacía absurda la restricción, pero como eran los únicos que fumaban, no tenían alternativa, por muy flexible y concesivo que fuera el buen capitán Juan P. C.

El primero en trepar ese frío y plomo amanecer a la torreta, fue el menor, Eustaquio Cachiporra, el más sagaz operador de máquinas que habían visto los dos mares, o cuando menos, eso decían en el exclusivo bar del segundo sótano. Empezó a exclamar sobre cuanto humo había, que si no era neblina, cuando el hermano mayor les alcanzó, escalando por las sogas y maderos.

Euclides Cachiporra, el hermano mayor tenía una facultad muy marcada: había nacido para la guerra. Se había destacado desde joven como arquero y hondero, en una batalla absurda que les declaró a los pichones por haberse robado un pan suyo. Luego de estudiar balística, se ofició como artillero naval, lo cual representaba, en ese entonces, un distinguido honor. Mientras tomaba aire luego de la escalada, el barbudo marinero sacudía con la mano todo el humo que había acumulado en el ambiente.

¿Nada interesante? Preguntaba el Cachiporra menor, mientras cargaba una pipa exageradamente grande. El vigía y observador encargado del área era lento porque se distraía paranoicamente con cada ruido del ambiente. Sus gruesos anteojos ocultaban la mirada y su pelo muy recortado estaba cubierto por un sombrero que le colgaba del cuello.

Con una voz muy ronca y algo torpe, el vigía Casimiro explicaba que de nuevo había visto aquella bestia marina con tentáculos, pero que no estaba seguro porque no llevaba entonces las gafas puestas, pero juraría haberlo olido y los cocineros le respaldaban la versión. El Cachiporra mayor tomó el catalejo y se asomó a lo lejos. Dijo ver un barco pirata oculto entre los peñascos, pero no le hicieron caso.

Eustaquio dijo que había olvidado sus cerillos para darle ignición a su aparato, mientras comentaba que una bestia marina no es infrecuente. Casimiro asintió buscando fósforos en los bolsillos. – Olía como si una bestia no pudiera bañarse, decía Casimiro, - porque vive en el agua, y carece de métodos alternos de aseo.

Don Porfirio revisaba cierto barril que se había efectivamente vaciado misteriosamente. Mientras comentaba sus deducciones a Puaj, estalló el primer campanazo de batalla por cortesía de un cañón con supresor de humo y de un cilindro tan ancho como el de una rueda pequeña. El anciano Porfirio, experto hombre de mar, lo entendió pronto y de un movimiento violento, empujó a la niña dentro del barril, para luego taparlo y apiñarle otros barriles encima. La niña al inició gritó, pero luego escuchó atentamente sus indicaciones. – ¡La vida es sufrimiento, acostúmbrate!

Las palabras del veterano, no fueron importantes, pero fueron las últimas, y en ese preciso momento, Puaj, aun siendo muy joven, pudo comprender con los hechos que siguieron el papel nefasto pero natural que protagoniza la muerte en la civilización humana en el teatro de la guerra. Desde un agujero del barril veía fragmentos de una escena terrible, mientras gritos de combate se elevaban por diversos puntos, y estruendos no cesaban de atormentar a los asediados. La “Esmeralda” se tambaleaba y raudos salían valientes tripulantes preparados para luchar por sus vidas o morir en el intento.

Casi al mediodía, la masacre había terminado y la “Esmeralda” había sido esquilmada. Su tripulación estaba sometida y los rebeldes habían sido ejecutados. Aquel que tomaba armas y se posicionaba para el combate, era automáticamente atropellado por tres piratas circunstanciales, sagaces, con aliento a ron y mascotas exóticas a su lado.

La sangre se había derramado sin cuidado y se desbordaba por la cubierta, ensuciando la cara lateral de la nave, lo que le daba un aspecto lúgubre y parecía la condecoración de un ensañamiento cruel. Las manchas de sangre que se secaban con la brisa habían cubierto algunas letras del nombre de la embarcación y ahora apenas se podía leer “mera”.

Por fin, ocurrió algo que era inevitable, y por un designio terrible, la escena sucedió en el ángulo en el que Puaj tenía visión desde su encierro, en donde miraba absorta, desde un agujero del tamaño de una moneda, perpleja, el festín sangriento. El líder de los piratas acercó a su padre, el capitán, maniatado al borde de la nave, mientras le apuntaba con una espada de hoja muy delgada.

Primero dijo que discutirían los términos de rendición, pero sin esperar respuesta se dio a un largo discurso de cómo el Imperio había controlado los comercios de modo malicioso, frente a lo cual, el captivo lo miraba perplejo y desorientado. El líder de los piratas tenía una rubia cabellera desordenada. Su familia había pertenecido a cierta orden de paladines de cierto dios que ahora estaba prohibido, por lo cual su casa había caído en desgracia y se infundía de discursos revolucionarios para cometer fechorías.

El capitán Juan le replicó con la calma de un adulto que él no era súbdito de ningún Imperio, sino que la embarcación tenía una larga tradición familiar dedicada a la pesca y el comercio del cadito, de modo independiente y que bien podía pagar una suma de rescate razonable para saciar los bienestares de todos.

El problema con la propuesta radicaba en que el rubio adolescente no era proclive a diálogos muy alargados, de modo que antes por cuestionarse sobre tal misteriosa mercancía, ni la suma del rescate, que pensaba apropiarse de todos modos, se limitó a decirle que sería alimento de los peces, mientras clavaba su espada de un estoque al viejo capitán, quien, acaso afectado por la punzada, o bien, esquivando la arremetida, perdió el balance.

La impactada niña veía desde su escondite a su padre caer de la borda a la mar y se preguntaba qué sucedería con ella, ahora que se reconocía absolutamente sola y desamparada. El contramaestre se levantó con las manos atadas de entre los apresados e insultó gravemente al pirata, explicándole que a nadie engañaba con su retórica justiciera, por lo que fue fusilado de un cañonazo.

Finalmente, el líder ordenó cargar el botín, por lo que vino un pirata sonriente con su calzado en mano, frente a lo cual el rubio adolescente se puso a reír a carcajadas, para posteriormente atravesar su espada en la garganta del bromista y desposeerlo de sus licores.

Con una voz severa y áspera ordenó llevar la mercadería a los barcos piratas, mientras con su mano derecha apuntaba con la espada enrojecida a los barriles de fruta, muy cerca del cadáver del veterano mayordomo Don Porfirio.

1. Pueblo Feliz

Cuando Puaj había escuchado historias de Pueblo Feliz se había imaginado un lindo lugar, lleno de alegría y gente amable. Se decía que se preparaban tartaletas de almejas que se llamaban “tartalejas” y se acompañaban con un aguardiente local que se obtenía macerando zanahorias. En pueblo feliz se conocían las bondades del cadito, y la leyenda cuenta que, de ahí, y sólo de ese pequeño fragmento de la realidad, obtuvo su nombre.

Se decía que había unas ruinas ocultas, debajo de un templo que contenía las tumbas subterráneas, pero hacía décadas que el cartógrafo que se mandó a graficar el recinto no volvía todavía, pero se mantenía comunicado mediante murciélagos mensajeros.

El capitán Juan P. C. le había indicado a su hija que en Pueblo Feliz esperaba una escuadra imperial para recibir un cargamento de frutas que se reclamaba como muy esperado por la corte. – Imagínate, le había, dicho el padre a su amada hija, - El mismísimo rey va a comer los frutos que la “Esmeralda” transporta con honra.

Meses de meses invertidos en navegación para, en teoría, llegar al llamado “Pueblo Feliz”. El nombre le había hecho pensar, de nuevo, a la risueña Puaj, que le gustaría quedarse en tierra, en algún lugar estable. Pero una vez más, le hubiera esperado una decepción.

En todo caso, el pueblo no se había movido y seguía ahí, expuesto a la corrosión de la brisa marina de invierno acostumbrada. En el muelle viejo, algún mendigo se paseaba entre los pescadores que ya le conocían de cara, pero no de nombre, y verdaderamente no tenían por sí mismos mucho que les sobre. Al lado del mendigo, su inseparable amigo “Mascota” Chánchez, un regordete orador de la plaza pública se pasaba el día entero a su lado hablándole de las virtudes de rechazar a la sociedad y lo absurdo de entregar el esfuerzo a ideales metafísicos. Juntos discutían, aquel día, sobre la imposibilidad de mendigar cuando no hay más a quien pedirle en un pueblo pobre, de poca población y en donde todos se reconocen como miserables.

Mientras un anciano enfermo pescaba en cierta parte de la playa, un par de mujeres valientes flotaban en troncos hilados de una planta mágica multiusos. Mientras surfeaban con sus planchas flotadoras de cadito, hacían sincrónicamente danzar una red en el subsuelo marino que arremolinaba algas, peces, corales, crustáceos y corales.

Luego de extraer las redes, había un equipo complementario esperando en la costa. Luego de que las bravas mujeres regresen con la red, juntos, todos jalaban lo recogido. Inmediatamente después, unos recogían lo atrapado y mayormente lo iban acumulando en bolsas en sus espaldas, excepto los peces.

Una anciana de cabellos blancos se encargaba de devolver cada uno de los peces, disculpándose en voz alta a los dioses locales. Al mismo tiempo que un servidor devolvía cierto tentáculo monstruoso al mar, desde el muelle se escuchaba un grito de frenetismo excitado.

Era “Mascota” Chánchez, el seguidor de la escuela del perro ágil, quien se emocionaba por lo que sus ojos percibían. A su lado, el anciano mendigo estaba estático, como colgado de un cuadro, con una sonrisa desaforada que exponía la locura de su carácter. - ¡Barco a la vista! – exclamaba el grueso y achatado sujeto alborotando al pueblo infeliz.

El mendigo anónimo maquinaba en su cabeza todas las permutaciones de posibilidades que implicaba la sorpresa de lo que aquel barco contenía. Compartió con su achatado amigo que quizás traería grandes riquezas, o quizá un tesoro, ante lo cual, “Mascota” Chánchez le replicó que lo más maravilloso que podría traer es alguna criatura capturada de un lugar muy lejano o la última edición del libro de su teólogo favorito. El regordete peregrino tenía contados afectos a sus pasiones, pero de un modo que denotaba muy marcada intensidad.

Sin embargo, poco a poco fueron notando que una nave con velas rotas, descuidadas y de mástil torcido apenas flotaba a la deriva, casi sin marineros asomándose, con banderas blancas y agitando trapos, en visible desesperación.

Un silencioso centinela de armadura anaranjada, con escudo enorme y una lanza apoyada, pegó un grito de advertencia rutinario. - ¡Se acerca la “Mera” al muelle de Pueblo Feliz!”, frente a lo cual algunos oficiales iban asomándose, al mismo tiempo que curiosos e individuos sumamente aburridos. El soldado era un plegado y benefactor del Imperio Carmesí.

La embarcación chocó contra el muelle, sin poder anclar con anticipación, por lo que los sencillos maderos que le componían, fueron arrasados y extirpados de raíz, frente a la mirada insólita de los pueblerinos.

Uno de los navegantes accidentados bajó como pudo de los escombros, con sincero arrepentimiento del accidente, pero más ocupado por sus previos pesares. Arrastraba una pierna vendada, con unos trapos rojos en la cabeza y en la misma mano que llevaba la muleta, tenía un cabestrillo por un aparente brazo roto. El sujeto de manera muy opaca, pero serio y firme se veía desolado, malherido, pero determinado, dando pasos lentos y sin detenerse.

El marinero de barbas plomas miró a los ojos al mendigo anónimo que le regresaba la observancia de forma desencantada. Con una voz seca y áspera exclamó con un tono solemne e inquebrantable que no se condecía con la apariencia: - Mi nombre es Euclides Cachiporra y nuestra nave ha sido atacada por piratas. Mi hermano ha muerto a mi lado y mi capitán ha sido arrojado por la borda. Los desgraciados han saqueado todos los depósitos y almacenes, de modo que no probamos alimento alguno hace casi una semana. - Decía con firme claridad, pero visiblemente mareado y consumido.

Sin interesarse en su historia, “Mascota” Chánchez le pidió unas monedas y se sacudió alucinado al ver que el viajero revisaba sus bolsillos con la única mano que tenía libre. Al mismo tiempo que lo hacía, en voz baja se quejaba por sus desgracias: el capitán tirado por la borda, la tripulación mermada y todos los bienes que traían al pueblo fueron robados.

El guardia de armadura naranja se acercó al marinero mientras le extendía una moneda a cada suplicante. Al verlo acercarse, por la espalda de los mendigos, el Cachiporra mayor le refirió en voz más alta que no habría frutos este año para el Imperio Carmesí. El mendigo anónimo, sin ver que tenía al centinela a las traseras exclamó descuidadamente que los imperiales eran peores que piratas, por lo que recibió la censura de “Mascota” Chánchez, quien intentó interrumpirle de modo tardío.

El guardia, muy molesto, expulsó a los dos mendigos a Villa Miseria, mientras mostraba su lanza y ajustaba su escudo, frente a lo cual los pobres salieron despavoridos, temiendo por su integridad. Luego reflexionó el imperial y supuso que la presencia de piratas era algo que sus superiores deberían conocer, por lo que fue a la torre de palomas mensajeras.

El único hermano Cachiporra que vivía se vio entonces abandonado a su suerte en un pueblo en el que apenas había movimiento. Su olfato le hizo andar y persiguió un olor extraño, que resultó ser un caldo de corales y rocas marinas. Se le ofreció un poco y aceptó de buena gana, aunque estaba salado. Dijo, de modo muy inocente, en voz alta, que, para llamarse Pueblo Feliz, este lugar no era precisamente ni alegre, ni festivo, ni nada que se acerque a algo parecido.

Entonces una mujer se le acercó, compartiéndole un mendrugo de pan endurecido, refiriéndole que todo era culpa del Imperio, habiendo esclavizado a las familias, auto otorgándose el título de tierras, explotando sus minas y campos de cultivo y, en suma, abusando de su fuerza militar para exprimirlos hasta el punto en que habían sido anulados. Otra voz se unió al reclamo, refiriendo que se habían apoderado injustamente de casas y fortalezas, prohibiendo el culto de dioses antiguos y obligando a los locales a rendir un tributo injusto. Diversas voces se alzaron, súbitamente, ardiendo en perjurios en contra de los mecanismos que perpetuaban el sometimiento sistemático.

Mientras el artillero Cachiporra terminaba sus exiguos alimentos, un anciano de máscara de cuero se unía a la conversación. – Esto empezó hace muchos años - dijo con solemnidad de abuelito. La autoridad que imprimía su voz silenció al resto. - Había un sujeto desconocido, prosiguió, (con un eco macabro que producía la máscara), - que fue conocido como el “Rebelde Feliz”. Se le decía entonces Feliz, por cuanto era oriundo de Pueblo Feliz, porque realmente, el rebelde no estaba satisfecho de ninguna forma.

El contestatario anónimo se infiltró a la capital del Imperio, la monumental y gloriosa Urbe Carmesí, para realizar un acto vandálico. En una de las paredes del castillo principal, de modo que se vea por encima del establo, hacia el patio público, el avezado rebelde escribió con letras rojas para que todos puedan leer “Pueblo Feliz patea traseros”. Cuando varios guardias de armaduras naranjas fueron a apresarlo, el rebelde sacó de su mochila un explosivo premeditado que detonó sin dubitar.

Con la excusa de aquel atentado, el ejército carmesí marchó, como lo hacía cada cierto tiempo, hacia un nuevo destino para demolerlo y re-ocuparlo. El anciano entonces señaló que Pueblo Feliz siempre ha sido reducido siempre y se han conocido todos habitualmente, y nadie podía indicar de dónde había salido el llamado “Rebelde Feliz” por lo que concluyeron que había sido implantado por los mismos imperiales.

Esto no era importante a la hora del combate. Un buen día se presentaron desplegados rodeando al pueblo con maquinaria de asedio, lo que resultaba extraño porque Pueblo Feliz carecía entonces y carece ahora de fortificaciones. Al otro lado, en el pueblo, listos para defender, estaban campesinos, pescadores y cabezas de familia. Resta decir la masacre que supuso este combate innecesario. El anciano se desataba la máscara de cuero.

El artillero, que había sido testigo varias veces de los efectos de la violencia, se sobrecogió al ver las horrendas cicatrices que ocultaba el anciano de mirada crónicamente triste. Sacó de su bolsa un poco de tabaco y cargó su pipa. Como buen sujeto de guerra no se daría por vencido, pero no tuvo mucho tiempo de pensar, cuando de repente, un par de guardias de armadura naranja vinieron para llevárselo a interrogar, y fue eso lo último que se supo de Euclides Cachiporra en Pueblo Feliz.

1. Villa Miseria

En la inmensidad del mar de Dios, se llevaba a cabo un combate por la supremacía. Era una carrera por la supervivencia. De un lado, una criatura innombrable con cuatro ojos y doce tentáculos, mientras que, del otro, un náufrago que albergaba una poderosa razón para seguir con vida se aferraba al monstruo marino con afán combativo.

La aberración marina era pesada, pero nadaba ágilmente y había intentado largamente meterse a una de sus bocas al capitán, quien, aguerridamente, no dejaba de sujetar los tentáculos y anudarlos entre sí. Había intentado usar una substancia oscura para adormecer a la presa, pero no había logrado más que hacerle patalear más fuerte.

La criatura sin nombre sufría cada vez que el humanoide le hincaba los dedos en los ojos, y cada vez que creía tenerlo sometido, el alimento se rebelaba ferozmente, dando brincos y sacudidas fuertes. Al cabo de unas horas de disputa, la bestia se rindió, dejando a su presa a la deriva, pero ésta no se había dado por satisfecha, de modo que en un descuido le arrancó los ojos con las manos y luego de asegurarse de que la abominación se hundía sin vida, empezó a nadar con fatiga hacia una costa cercana.

La desesperación hizo que se adormezcan los entumecidos miembros, al borde del hormigueo que anuncia el colapso, pero el capitán sólo pensaba en su hija, en los piratas, en su nave, en su equipo y en la mercadería robada. Al llegar eufórico, pero aliviado a la playa, se rindió en la arena, dejando que su cuerpo retome energía, mientras dos figuras se acercaban.

Uno le decía al otro – te apuesto que no tiene monedas – y el otro le respondía, no importa, “Mascota”, no en vano somos los mejores mendigos del reino. Se pararon uno a cada lado y esperaron que el capitán note su presencia, ante lo cual se puso de pie. Preguntó dónde estaban, y negando las monedas que no tenía, se enteró que había dado a parar a Villa Miseria.

Una palizada descuidada rodeaba un par de casitas muy austeras. La aldea había albergado a mucha gente alguna vez, pero la gran mayoría de edificios se veían ahora abandonados. Un extenso cementerio anunciaba lo antiguo del asentamiento. Templos derruidos se esparcían por todos lados y eran usados actualmente como jardines salvajes.

Cuando el mendigo anónimo y “Mascota” Chánchez dejaron solo al capitán, éste se acercó a la palizada, para toparse de nuevo con extraños; en esta ocasión con tres individuos que le rogaban por comida. Su aspecto en conjunto era misterioso, casi como de otro planeta. Uno de ellos le dijo con una voz cavernosa – Saludos, habitante del mar abundante, los hambrientos solicitamos satisfacciones. - Pero de nuevo el capitán señalaba que apenas tenía su uniforme mojado.

La fortaleza inexperta tenía una entrada principal y un camino que se alejaba hacia un valle. Desde que el camino parecía la única salida, el superviviente preguntó hacia dónde conducía, frente a lo cual recibió una respuesta de los tres suplicantes al unísono: Pueblo Feliz.

De un salto, Juan P. C. se puso en camino y dejó en el aire a los individuos que parecían ser hermanos o primos. Se miraron entre sí, extrañados, preguntándose diversas cosas del asunto, pero fue poco lo que pudieron conjeturar, porque la tranquilidad del momento fue atropellada por los gritos del mendigo anónimo, quien anunciaba que un barco se acercaba a la costa.

Mientras el capitán recorría el camino, a lo lejos en el horizonte costero se aproximaba una embarcación y los de Villa Miseria de modo poco interesado seguían con su existencia que se asemejaba al de las piedras.

La que venía era una nave pequeña sin nombre y de velas negras con un esqueleto tejido en blanco. El cráneo óseo representaba la fugacidad y banalidad de la existencia, traducido en el desenfreno de una ética barbárica y de exaltación de las pulsiones tanáticas. Cargada de bultos y con una silueta en el borde, casi dispuesta a saltar con tal de llegar antes que todos, se aproximaba la nave a la villa. A medida que se iba acercando se podía ver más claramente una figura rubia, de rostro juvenil y con una sonrisa diabólica en el gesto. Al alcanzar la orilla, de un esfuerzo único, el pirata saltó animado, preguntando a todos los presentes si tenían hambre. Los ojos de docenas pronto centellearon brillantes de avidez.

Los mendigos compañeros se acercaron a pedir una moneda, pero fueron interrumpidos por la rápida reacción del pirata, quien le arrojaba una moneda a cada uno antes de que lo pidan. El rubio líder entonces se paró en una estatua antigua y derruida, ofreciendo una proclama en donde juraba enemistad al Imperio, al tiempo que el público aplaudía y ciertos barriles llenos de fruta iban siendo descargados al humilde muelle.

Festejado el asunto, fueron repartidos los víveres y los piratas se ganaron la simpatía de la Villa. Todos celebraron al rubio adolescente y le prometieron hospedarlo con gusto, tanto a él, como a sus valientes, cuando fuera necesario, y era bienvenido a sus jardines de modo vitalicio con los honores, (que poco importaban por lo que representaban), de los ancianos de la villa, que cedían y otorgaban reconocimiento al valiente justiciero. Ese mismo día zarparon los corsarios con entusiastas reclutas para cometer otras fechorías de redistribución social forzada, sin saber que nunca volverían a su villa original, y que les esperaba mayores miserias en altamar que en la deprimente villa de palizada ineficaz. No pasó mucho tiempo hasta que unos aldeanos preguntaron aterrados - ¿Qué tipo de fruta es esa? – cuando veían a una niña salir del barril, mientras exclamaba a viva voz: - ¡Puaj! ¡Ese barril de cadito olía horrible!

1. Declaraciones de Guerra

En otro de los extremos del reino, era un día silencioso en las torretas de vigilancia de la renombrada Urbe Carmesí. El castillo tenía siete torres rodeándole y una fortaleza central que escondía un sótano de amplios y secretos palacetes. Hacía mucho tiempo que el rey había desaparecido, pero el concejo de ancianos se negaba a hacer público el asunto. Algunos indicaron que sus últimas palabras fueron “Me quiero esconder entre la gente para tener la vida de un súbdito y poder aprender a ser un verdadero buen rey”. Unas versiones apuntan que luego de tales declaraciones, el rey fue inmediatamente asesinado. Otros, sin embargo, defendían la leyenda como auténtica mediante la supuesta prueba de cartas con el sello real, sin saber que eran fácilmente falsificables, que hipotéticamente informaban del estado de su majestad y sus aventuras por los dominios imperiales. Contados generales sabían de este asunto.

El Imperio Carmesí tiene una extensa historia que ha sido documentada por diversos hermanos Thar y estudiosos de las antiguas vías Thulk. Hacía tres siglos y medio que habían conquistado la zona y cubierto las fortificaciones de sangre, tanto al tomar el antiguo castillo, pero especialmente a la hora de defenderlo.

Pocas civilizaciones contemporáneas le podían dar batalla, debido a su falta de disciplina y equipamiento adecuado. Los imperiales tenían las mejores armas, los mejores soldados y donde veían una fuerza florecer, la desterraban para apropiársela. Una socióloga del clan Masa y Morra ha indicado que su efectividad articulando la dinámica de su pensamiento, se debe, fundamentalmente a los índices que muestran de qué modo les ha favorecido la estructura piramidal de su sociedad.

A la cabeza, hay un rey, debajo sus señores y sus animales, para finalmente empacar al grueso resto como “los de a pie” por cuanto no podían, salvo contadísimas excepeciones, hacerse de bestias de carga, cuando menos monturas, y ni qué decir de carruajes. Estos abundaban en las callezuelas de la urbe, siendo propiedad de tres señores menores que se disputaban el negocio de modo muy traicionero.

Desde la torre más alta y delgada que se plantaba al oeste, un toque de cuerno anunciaba a un jinete en el horizonte. Saliendo de la torreta del noreste, el soldado Donaldo se asomaba para corroborar la aparición. Desde que era muy lejana su posición, no podía discernir si la silueta era enemiga o amistosa. Pegó un grito para que le escuchen en los cuarteles bajos - ¡Traigan al observador! – para luego de unos minutos, tras el sonido de gritos, un chasquido de metal y empujones, recibir a un pequeño hombrecito de anteojos gruesos. El pequeño sujeto arrastraba unas cadenas mientras acudía a su invocación, lleno de cicatrices, moretones y un gesto muerto.

El minúsculo hombrecito se presentaba graciosamente con una reverencia y preguntaba si se le ofrecía algo, de modo sumiso, al soldado, ante lo cual Donaldo le pedía que observara por la ventana. Aunque el “observador” era en todo el sentido de la palabra, un sujeto, un individuo, una persona, un horizonte, el reflejo de una entelequia sentiente, y por ello, digno de respeto básico por cuanto ente siendo, para Donaldo y los imperiales no era más que un instrumento, y era ese el punto al que habían llegado a cosificar a quienes habían dominado, los opresores imperialistas.

El observador a simple vista claramente veía que se acercaba un jinete con el emblema del Imperio Carmesí. Sin embargo, no lo anunció inmediatamente, porque sabía que apenas termine su servicio, le tocaba regresar a su jaula, por lo que empezó a describir cosas menores y sin importancia de lo que percibía. Cuando por fin dio con el veredicto global por aproximación, el soldado Donaldo le pegó una patada reclamándole que deberían enseñarles a los duendes de servicio a ser más concisos y puntuales.

Luego de un agresivo e innecesario escarmiento hacia el reducido sujetito, Donaldo dejó su puesto para avisarle al comandante mayor Orejuela de la llegada de un aliado. Sabía muy bien en donde encontrarlo a estas horas: en el mismo sitio en el que se la pasaba todo el día, en el bar, escuchando a ciertos bardos tocar una música muy ruidosa que le ensordecía por la estridencia.

Cuando el soldado vino con las noticias al comandante, éste se mostró furioso de ser interrumpido, sin embargo, cuando le ofrecieron los detalles del pequeño observador, se levantó de un salto, exclamando: - ¡Eso suena como la descripción de un general apresurado! – pues no cualquiera tenía la distinción de usar una armadura completamente carmesí y un casco que se asemejaba a la cabeza de una gallina esquizofrénica.

El comandante Orejuela se sacudió las enormes orejas mientras se peinaba con las manos, ajustó su capa y el cinturón con su espada. Ordenó que se abran las puertas del castillo de modo inmediato y que toquen la trompeta protocolar para que los conscriptos se presenten en formación de bienvenida.

A medida que la silueta viajera se acercaba, resplandecía su banderola imperial y encontraba un castillo saludando su llegada con disciplina bien ensayada, pero superficialmente en el sentido marcial. Mientras bajaba de su caballo con placas de metal protectoras, se le acercaba al viajero el comandante Orejuela, diciendo de modo muy solemne – Bienvenido a la urbe madre, mi muy estimado y altísimo general Particular. –

El general llevaba puesto el casco de la armadura y se podía ver a través del yelmo emplumado que sudaba terriblemente con el armatoste puesto, sin embargo, no se lo removía neciamente. Con mucha seriedad y casi fastidio le reclamó al comandante por qué razón no tenía el casco reglamentario puesto, frente a lo cual Orejuela se excusaba con que no le entraba en la cabeza.

Luego de un par de protocolos, estaban encerrados en la sala de conferencias discutiendo los asuntos de la región. Había noticias de piratas, pero también de villas ayudadas y esto traía consecuencias importantes. Los reportes eran de unos meses de antigüedad, pero los sucesos se habían desenvuelto explosivamente. – No hay duda, Orejuela -, decía Particular, su general, - no hay ninguna duda, afine bien el oído. -

Los piratas habían seguido atacando indiscriminadamente hasta atraer la atención de la flota imperial, pero habían desaparecido repentinamente, como camuflados en el océano o absorbidos por una tormenta, por lo que se esperaba un combate de guerrillas marinas. Pero al misterio de su estrategia se le sumaba la desaparición, asimismo, de diversos buques de guerra que nunca llegaban a su destino. Por otro lado, y lo que era más llamativo, era que un suceso menor había escalado de modo notable.

El general Particular relataba lo sucedido, acalorado, desde su asiento, mientras Orejuela paraba la oreja y levantaba las cejas. Luego de que los piratas ayudaran a los aldeanos de Villa Miseria, éstos en aprovechamiento de la fortuna, se habían tornado en muy laboriosos, sembrando cada una de las semillas que tenían, convirtiendo rápidamente el lugar en uno dichoso y prometedor. Mientras le escuchaba atento, Orejuela pateaba a un duendecito de servicio forzado mientras le reclamaba que no sabía destilar bien las uvas para el vino y que en vano se hacía llamar “egnólo” en sus tierras. De acuerdo con el asunto, el alto general asentía, refiriendo que había una extraña riquezas en esas tierras, nutridas de hierro y otros elementos misteriosos.

Orejuela y Particular se miraron extasiados ante las noticias de prosperidad de una localidad fácilmente atropellable. El primero dijo – ¿Sabe lo que eso significa, General? – frente a lo cual el de armadura carmesí refería: - Claro que sí, orejón, tenemos trabajo para los soldados. ¡Alisten las tropas de asalto!

1. Sueños de borrachera

Los caminos son la marca de un recorrido frecuente y necesario. Son huella de una relación. El vínculo que representa el camino, se refleja en los contactos de mundos diversos que se interrelacionan a medida de sus temperamentos. La conexión de una idea con otra recorre cierto vector que curva el ritmo. Hasta la retórica, parece tener caminos antiguamente pavimentados.

Había diversos lugares de interés entre el tránsito que unía a Pueblo Feliz y Villa Miseria. Un entramado de historias virtualmente infinitas interrumpía la continuidad espacial del paisaje abandonado. En medio del trecho, casi alrededor de la nada, alejado de lo cómodo, se vislumbraba la entrada a una aldea que se podía calcular como lejana y en ese escenario se encontraban dos viajeros errantes. Ambos habían pensado recorrer el camino que conducía a ese pueblo misterioso, debido a que compartían los pesares de los que caminan mucho. Hambre y fatiga se acumulaban en ambos y se iban encontrando, mientras se estudiaban desde lo lejos el uno al otro.

Por un lado, iba Euclides Cachiporra, el artillero, cojeando con su muleta, y veía una figura desgarbada al otro lado del camino. Un prado de flores moradas se extendía de un lado, mientras que un río calmado se alargaba del otro. Las aves flotaban en paz y nada podía presagiar la hecatombe de sensaciones que se iba a desencadenar a continuación.

El artillero Cachiporra se detuvo para prender la pipa por última vez antes de recibir a la silueta que se aproximaba, cuando creyó reconocer quien era. Sus ojos no podían reposar calmadamente en sus órbitas cuando reconocía en ese mismo momento al capitán Juan P. C. que le devolvía atónito la mirada.

Se dieron un abrazo efusivo y lamentaron juntos los eventos confraternalmente. El hermano mayor de los Cachiporra, al igual que toda la tripulación de la nave era noble e incondicional para con su generoso y atento capitán; ¡Que dulce era para ambos, ver un rostro amigable luego de tanto tiempo amargo! Sentían algún alivio en su espíritu ante tal valioso consuelo. Caminaron contando sus aventuras hasta el pueblo que se veía pequeño a lo lejos, pero lo alcanzaron pronto y notaron que sus dimensiones eran en realidad reducidas otorgando el efecto visual de lejanía.

Los habitantes eran seres pequeños que se hacían llamar los “normados”, porque venían de una sociedad que seguía firmemente una reglamentación ecologista. Los “normados” también, en alusión a la palabra helenística, eran conocidos como los nómos, (del vocablo νόμος) y ello derivó en la contracción protolabial de “gnomos” que se conjugaba en ciertos participios recursivos o gerundios fractálicos. Los normados, nómos o gnomos se sabían primos de algunos duendes, enanitos, apariciones fáunicas, y diversos individuos que, en algunas ocasiones no infrecuentes, componían variados sindicatos, como el de mukis, especialmente, como ocurrió en el caso de las minas de plata de la República Libre del Ari Quipay, pero lo enunciaban en todo momento como en broma, porque era sabido que tales cosas ya no existían o cuando menos, habían sido prohibidas por la inquisición imperial censuradora. Un poco más serios, los sujetos culpaban a la desnutrición y escasez de recursos. Atribuían su explotación al hecho concreto y material de su debilidad física en comparación al humanoide promedio. Por ello, el sudor de su fuerza laboral, era el motor de una estructura consumista y acaparadora de los recursos, en horizontes egoístas, alejados de balances naturales.

Hacía mucho que no recibían visitas, los pequeños, y estaban ávidos de noticias del exterior, por lo que los viajeros les complacieron mientras a cambio devoraban restitutivos pastelitos dulces y un puré bien sazonado, preparado en base al cadito y otros vegetales místicos. Quien cocinaba se hacía llamar el Gastrógnomo y lo cierto era que tenía talento para animar el espíritu mediante el sencillo, pero majestuoso estímulo estético de la alimentación. Ese día sólo un puñado de pequeños duendecitos estaba presente, como el caso del conocido Gnumerólogo, quien hacía cuentas con una pinta de cerveza en la mesa más alejada.

A pesar de que a los náufragos les parecía delicioso, un pequeño hombrecito que era muy agnóstico y escéptico, sospechaba que algunos ingredientes se habían pasado de fecha. El Gastrógnomo, con una sonrisa sincera aceptó que la estación venía cambiando, y se preguntaba mucho por los calendarios lunares que rigen la geometría orbitacional que determina la efectividad de una siembra entendida y próspera. No en vano, el Sol, era su dios.

El pequeño hombrecito se cuestionó críticamente si ya era hora de cultivar los campos, por lo que decidió llamar a un sujeto que se hacía llamar el Astrógnomo. Un anciano que se decía amante de la observación del cielo atendió la posada donde el capitán y el artillero se reponían del duro viaje, mientras que lentamente venía infestándose de diminutos individuos al tiempo que las copas de vino no se detenían.

El duende de ropajes verdes conocido como el Astrognomo, con mucho pesar, refería que este año no habría cosecha y, que si no lo creía, podían llamar a su buen amigo, el Agrógnomo, quien era experto de la ciencia cultivacional y, en virtud de ser conocedor del arte involucrado en tal labor, luego podríamos considerar, (con una copa de vino siendo rellenada), que estaría entítulado a tener una opinión educada acerca de si habrá buen tiempo, o no, para una cosecha plena, considerando la fenomegnología meteorológica.

El problema con el irregular hombrecito mencionado, el experto en temas agrarios, era que le costaba seguir un ritmo constante de caminata, por lo que cada vez que se le invocaba, debían traer a un ayudante que le marque el tiempo de marcha. Fue así que en la posada se fueron sumando el experto en cosechas junto a su amigo fiel quien era conocido como el Metrógnomo, quien trabajaba practicando con diversos conjuntos musicales y prediciendo el tiempo estacional. Con el ritmo que se le solicite, el ayudante daba el tiempo fielmente.

Una vez ahí reunidos los diversos enanitos de ropajes verdes, hablaban libremente sin importarles los altos forasteros. Referían entonces que un contador conocido como el Ecognomista les había contado que su vecino, el Heterógnomo, había soñado con que el guerrero independiente conocido como el Autógnomo había declarado para todos los pobladores gnacionales, que ya nadie tendría paz, jamás, en el futuro cercano, debido a que había descubierto los engaños del Imperio Carmesí, quienes les habían contratado como adornos de jardín, para luego acusarles de invasores de terrenos.

Los dos supervivientes de la “Esmeralda” percibían en primera fila, y completamente alcoholizados, el germen de una revolución, aunque no parecían tomarlo en serio, pues no dejaban de pedir vino para ahogar cierta sed más auténtica, hasta el punto en que a la mañana siguiente dudaron de si habían alucinado todo en una bien merecida borrachera de reencuentro confraterno.

Lo único que tenía seguro el capitán Juan P. C. era que albergaba el abismo absorbente de una falta que le jalaba desde lo más hondo de su corazón, a través de las rajaduras e intersticios de sus quiebres. Cuando el artillero se dio por vencido exclamó semi-inconsciente: -Puaj, no doy más-, para luego tumbarse en la mesa privado, mientras el eco de sus palabras resonaba con otros significados para el capitán.

Decir que estaba triste no le hace justicia al infierno personal que experimentaba el calmado y estoico hombre de mar. Al cerrar los ojos, se tambaleaba el mundo, pero vigente se erigía el rostro de una niña cuyo nombre empezaba a olvidar. Sin embargo, esa mirada dulce le perseguía en sueños y constantemente la encontraba entre sueños del otro lado de este mundo, junto a su madre y por fin dejaban de navegar, para asentarse como la familia feliz que nunca llegaron a ser plenamente.

Nada de eso quedaba ahora en su horizonte, salvo un recuerdo amargo que yacía como una cicatriz abierta. De este modo, el capitán, infeliz, seguía buscando ahogar sus penas en el vino, pero su angustia y depresión resultaron ser grandes nadadoras o flotantes, debido a que la pasión que buscaba saciar era cada vez más fuerte, al tiempo que crecía en su carácter de inalcanzable. Sin embargo, el capitán no podía renunciar a esa pasión sin abandonarse a sí mismo tal y como estaba constituido en su espíritu. Renunciar a la esperanza de volver a su hija equivalía a dejar de ser él. No en vano, nuestro capitán había salido victorioso de incontables tempestades, y quien sobrevive al mar furioso, por algo debe vivir.

Al día siguiente, ninguno de los dos estaba seguro de qué había ocurrido exactamente, ni porqué estaban solos en una posada con sillas para niños y tres toneles de vino abiertos. El dolor de cabeza se mezcló entonces con la invasión de recuerdos de proclamas revolucionarias y muchedumbres enardecidas marchando con antorchas en la oscura noche, en una macha popular lenta, pero indetenible.

1. Profundidades del Mar de Dios

Lo que sucede en la tierra firme nos parece fundamental, pero ignoramos que el planeta se compone de muchos otros ambientes y, es precisamente en esta línea de eventos, que todos ignoraban ingenuamente aquello que se agitaba en el mundo submarino.

La vida oceánica es mucho más antigua y primigenia que la terrestre. Un mamífero no es sino una creación relativamente reciente, cuando la comparamos con un reptil, o más allá de ese caso, con un pez o algún molusco, luego vemos que se difumina su dimensión y acaso su importancia. El recorrido del modelo que representamos mamíferamente supone un extenso recorrido de tantos otros intentos de lo natural por perseverar en el ser.

Nadie diría que pudiera existir tanta diferencia entre lo que se agitaba en el océano y el día frío de creciente silencio que transcurría en Villa Miseria. Los reportes de los espías imperiales eran ciertos, puesto que se había desarrollado una gran industria del cultivo en la zona, trayendo consigo prosperidad y abundancia.

Pero ninguna semilla había desplegado mayor florecer y fruición que aquella potencia misteriosa que había venido de contrabando en uno de los barriles. Se había llegado al acuerdo que tenía que ser una niña mágica o cuando menos, extremadamente sospechosa. Decía llamarse Puaj y poseía un conocimiento específico que pasaba desapercibido para todos.

El día que la conocieron, la mayoría le temía, y más por miedo que por respeto, se alejaban de ella. A ella no le importaba, pero había quedado muy mal parada en la repartición de fruta. Todos comían, entonces, exuberantemente, mientras planeaban el despliegue de los campos de sembrío para el futuro.

Pocos sabían que el oficio intelectivo de Puaj era de una tradición familiar larga y lo descubrieron poco a poco. Los tres individuos que se parecían entre sí y tenían apariencia extraterrestre la habían observado durante la primera semana. Hambrientos, sin poder hacerse de alimento por ellos mismos se lamentaban de la muchacha, quien seguro no duraría mucho en tales condiciones agrestes y poco hospitalarias.

La niña, no obstante, y para su asombro, había plantado un rincón de pesca, cerca de las rocas, en dónde hábilmente se alimentaba con un sistema probadamente eficaz para pescar. Sumado a ello, se había construido un refugio con escombros y podía hacer su propio fuego. Había empezado a sembrar lo único que sabía trabajar, y que había ignorado el resto del Villa Miseria. Ese conocimiento, cultivado familiarmente, le valió la prosperidad.

Los sujetos extraños que se movían de a tres aprendieron el arte de la pesca gracia a ella, y estuvieron eternamente agradecidos a su amabilidad y paciencia para educarlos, puesto que le se les inculcó la posibilidad de sobrevivir por sí mismos. Puaj les había enseñado algo que era o muy valioso, o que se traducía en un mecanismo muy macabro de explotación animal, o cuando menos, el sofisticado aparato de supervivencia, bajo dinámicas abstractas.

Mientras el mendigo anónimo y “Mascota” Chánchez habían sembrado con el resto del pueblo, las semillas de la fruta de los barriles, notaron que la niña sembraba el material de los barriles, junto a ciertos atados de la misma materia, pero más resecos, y otro tanto, remojados en cierto aceite, refiriendo que su familia se dedicaba a dos cosas y por eso recibieron el título de nobleza que representaba tener un apellido, otorgado por un antiguo rey ahora muerto.

Intrigados por la afrenta al dios pez, los del pueblo le habían preguntado a Puaj si no temía enojar a los creadores, frente a lo cual, la pequeña replicó sombríamente que su único dios era la muerte y el pez uno de los emblemas de su casa. Con el tiempo y por su fácil trato, ella llegó a entablar amistad con los demás, y alguna vez relató dónde aprendió el cultivo del cadito y a pescar tan industriosamente. Su familia tenía una larga tradición de navegación, su padre pertenecía a un clan que tenía por nombre “Pez” por tratarse de una casa entregada a la extracción y procesamiento variado de los derivados de pescado. Alguna vez, en tiempos remotos, se había arreglado un matrimonio con el clan “Cadito”, el cual era un noble grupo de agricultores de la mágica planta. Así, la familia de Puaj tenía los títulos familiares de Pez y Cadito, otorgados a todos los miembros del clan por igual, es decir, que de acuerdo a cómo se usaban sus tradiciones familiares, al realizarse una unión, todo el clan familiar adoptaba la unión de títulos familiares, si los tuviera, o si quisiera cargar con ellos y el oficio habitual que significaban.

Nadie en Villa Miseria conocía las bondades de la hierba cadito, por lo que luego de los primeros brotes, Puaj les mostró cómo usando partes y procesos diferentes, podía usarse para comer y cocinarse de catorce modos conocidos hasta la actualidad, para hacer medicina antibacteriana, antimicótica y como purgadora de toxinas lisérgicas, para aliviar el dolor de cabeza, para construir, tanto como un pegamento en pasta del cadito molido, como bloque en sí mismo para ser enhebrado con otros. Se usaba para fumar, para crear una resina que fortalecía la madera, al punto de endurecerla como el metal. Con los tallos se podían hacer sogas, cajas, bolsas, empaques y miles de cosas. Con las semillas se podía hacer un brebaje venenoso que era fatal. Y así, por el estilo, había muchas cosas más que la planta milagrosa podía realizar. Nadie sabía que, por ejemplo, al congelarlo, la reacción química resultante hacía combustionar implosivamente a la planta en cámara lenta, dejando como residuo una pasta de efectos alucinógenos que promovía la fertilidad en las vacas de signo Tauro y de colocarse la substancia en una hoja flotando en algún cuerpo de agua, los días martes siempre apuntaría al norte magnético.

Ella explicaba con paciencia toda esta ciencia en los talleres que había armado, siguiendo sus conocimientos inculcados tempranamente. A la larga, esto significó que Puaj se convirtió en breves meses, en una acaudalada productora independiente y todos en Villa Miseria le apreciaban con una estima afectuosa, auténtica y profunda gracias a su noble corazón bien templado y de severidad bien balanceada entre lo dulce que alternaba con la firmeza honorable de valores elevados de compasión.

Hubo una vez, sin embargo, en que se desató una tensión delicada. Fue para cuando los frutos ya brindaban sus bondades y los de Villa Miseria celebraban su fortuna, exclamando como héroes a los piratas, frente a lo cual, Puaj se limitó a llorar desconsoladamente, sin dar mayor explicación.

Ese mismo día, Puaj tomó una decisión que construyó sostenidamente con determinación durante el tiempo. Se prometió vengar a su padre, liberando las costas de los piratas, por lo que juntaría muchas monedas y compraría una nave con marineros bien entrenados para combatir a los bandidos.

No quería que nadie se entere, pero al investigar, le era inevitable hacer preguntas. Decidió ir a la biblioteca del pueblo y pagar por el silencio. En realidad, era el hogar de una mujer que coleccionaba libros y era devota de tales artefactos olvidados. Puaj tocó la puerta y saludo a la mujer que administraba el lugar.

Juntas, buscaron un mapa del mundo conocido y le apuntó al norte, en donde había un monumento espiritual. Señaló que en ese lugar habitaba una hermandad secreta que desafiaba abiertamente tanto a los imperiales, como a los piratas y a todos los sujetos que deciden lograrse por medio de aplastar a otros. Era lejos, pero un caballo era conseguible en el mercado negro, puesto que los imperiales los monopolizaban. – De ninguna forma -, le advirtió la buena mujer, - debes ir caminando, ni se te ocurra, niña. El camino es peligroso, largo y probablemente no llegues a tu destino.

Puaj pagó una bolsa de monedas pidiendo que no diga nada a nadie. Esa misma noche, por las horas de oscuridad, partió de Villa Miseria para no ser vista de vuelta. Sus cultivos bien cuidados habían sido separados con esmero por sectores acompañados por mensajes de aprecio a cada aldeano y todos se lamentaron que la niña venida en un barril se perdiera la próxima festividad para celebrar el recientemente instaurado día del pirata justiciero.

No se puede negar que hubo algo de tristeza, desánimo y desazón durante los días por venir, en el humor generalizado de la aldea de palizada inestable. “Mascota” Chánchez, que tenía el cinismo por virtud, trataba de ser imperturbable, pero la pasión del recuerdo le movía, al extremo que, sin darse cuenta, le conversaba todo el día al mendigo anónimo, de cuáles podrían ser las razones de la fugitiva.

El anciano suplicante estaba cansado del tema y por suerte obtuvo una razón fuerte para cambiarle de tema, porque dos figuras se asomaban por el camino. Eran humanoides, altos, y parecía que uno de ellos cojeaba.

Aunque ya eran ricos empresarios, los mendigos se habían propuesto ser los mejores limosneros del reino y, sacando adelante con esfuerzo el emprendimiento de su tarea, se acercaron a los viajeros a pedirles una moneda. Sin embargo, reconocieron a un visitante, de inmediato.

-Yo te he visto en Pueblo Feliz, tripulante de la “Mera”- Dijo “Mascota”, con una exaltación que se confundía con un ladrido. Al instante, Euclides Cachiporra le saludaba y le presentaba a su amigo, el capitán Juan P. C.

Que poca importancia podía tener esta serie de eventos casuales al compararlos con las fuerzas de los protagonistas mayores en cuanto a moradores del mundo se refiere. En lo hondo del mar de Dios, una escena triste se desenvolvía.

Una pequeña criatura de cuatro ojos y doce tentaculitos arrastraba partes de su progenitor en una de las bocas, mientras que por la otra lloraba y emitía un chillido para atraer a los de su especie.

Un grupo de criaturas sin nombre se arremolinaron en lo profundo del océano, allí donde no alcanza la luz y la presión derrumba la constitución humanoide. La criaturita lloraba porque alguien le había arrancado los ojos a su padre/madre, anudando sus tentáculos de modo nefasto, lo cual representaba un tabú religioso. Una criatura de la misma especia desconocida, pero mediana en dimensiones, salía a llorar la escena desconsoladora.

Una criatura parecida a un anomalocharus, pero más grande, rechinaba con sus bigotes metálicos y daba a entender que los monos danzantes de la tierra habían contaminado el mundo al punto del colapso, y que, no bastándole las advertencias, habían inclusive depredado a varias especies y variedades de criaturas animadas por fuerzas mucho anteriores.

Un lagarto muy anciano, que hasta el momento parecía una roca marina abrió las fauces y cuarenta familias de algas fueron reubicadas. Manifestó que esto no podía seguir así, y lo que le habían hecho al viejo Bob era innombrable. Reclamó que estos ya no eran tiempos en que se respetaban a los monstruos marinos, y había que hacer algo en nombre del dios del agua.

Así, furioso, se arremolinaba lo hondo del océano, construyendo un maremoto, que era completamente desapercibido por parte de los habitantes de las costas del Mar de Dios. Imperiales, piratas, peatones y suplicantes, todos por igual, no significaban salvo cierta bacteria contingente y pasajera para las fuerzas existenciales de lo profundo. Como una playa sucia a punto de ser lavada por grandes olas de paciencia reformadora, así esperaba en ingenuidad moral el reino.

1. La gran Batalla

Como una tempestad inesperada, el Imperio Carmesí había caído a Villa Miseria, atraído por su esplendor. Aún no habían desatado la violencia puesto que se preparaban en minucioso detalle y gustaban de lanzarse a la carga con un plan estudiado de todas las permutaciones estratégicas que su imaginación pudiera agotar, de modo que sus asedios solían durar bastante tiempo, pero las tiendas de campaña ya respiraban ansiedad por enaltecerse con el fragor de la batalla.

El General mayor de todos los señoritos feudales, protagonista de escenas anteriormente descritas, Casio Particular, les decía a todos que habría una conferencia de altos mandos en la tienda de campaña principal, puesto que traía noticias importantes. Una decena de armaduras rojas y cascos afilados con pelajes colorados y plumas acumuladas en virtud de su distinción ocupaban sitios alrededor de las fogatas y mesas bien servidas.

Desde afuera, una multitud de soldados se asomaba para enterarse que una carta del Rey Carmesí había llegado de improviso, anunciando su presencia en el asedio y el combate. Todos daban hurras y vítores que moralizaban hasta a los más novatos y temerosos. Ordenaban a patadas y gritos entonces a sus esclavos de vestiduras verdes rasgadas que les sirvan más vino y que mantuvieran anulada la sequía en las copas.

El comandante Orejuela entonces propuso que debían esperarle, pero el General C. Particular se opuso, sonrojado, lo que desató una acalorada discusión. Unos aseguraban que los cañones eran un exceso para esa palizada, mientras que otros preguntaban por el precio de movilizar las catapultas por tanto camino, para no necesitarlas finalmente. Un oficial mencionaba arbitrariamente que la caballería informaba estrés por parte de los animales, debido a clima frío, pero especialmente, por el peso de sus latones colorados.

Muy relajados y en plena confianza de tener el control del asunto, los imperiales incluso discutían acerca de quién podría apropiarse de qué objetos de los pueblerinos. Era famoso el laboratorio clandestino de cadito que usaban ciertos peligrosos narcotraficantes, se decía. Todos ellos desconocían que estaban siendo observados por un pequeño factor que había pasado todo el tiempo bajo sus narices. Obstinados, bebían más vino y reclamaban que habría mayor gloria esperando al rey, mientras que otro exclamaba que podría ser una trampa, al mismo tiempo que estampaba un manotazo en la cabeza de un desafortunado sirviente para que le alcance un cenicero.

Del otro lado del asedio, en Villa Miseria, nadie se había enterado que estaba un ejército enemigo rodeándoles. El capitán Juan P. C estaba experimentando una sensación muy rara al observar los cultivos de cadito. Como había señalado conocer su mantenimiento y cuidado, teniendo experiencia en su atención, se le otorgó la administración de los campos de la fugitiva niña de la que nadie le ofreció mayor explicación.

Mucha extrañeza sentía el capitán al leer los letreros con una letra que le resultaba familiar. Los tallos estaban atados a una rama central, del mismo modo que su abuelo le había enseñado a él, y él mismo había hecho con su hija. Se preguntaba entonces si algún familiar lejano habríase asentado en este pueblo tan lejano.

Luego notó la estrategia de pescar que practicaban tres sujetos que supuso como trillizos y se quedó absorto, porque involucraba exactamente su misma técnica y aproximación a la empresa. Finalmente, en el taller de procesamiento del cadito, confirmó sus sospechas. Toda la ramificación de las manufacturas era idéntica a la de su familia: no había duda, su legado estaba construido sobre una mentira y eran estos usos más comunes de lo que él mismo, en la ignorancia del aislamiento de su nave, podía haber reconocido.

El capitán, entonces, se sintió desconsolado, extrañando súbitamente mucho a su esposa e hija, ambas perdidas. Pensó que el sentido de su vida se había borrado. Un barco puede reemplazarse fácilmente, la fortuna puede ser innecesaria y el legado familiar representa algo noble, aunque prescindible, pero, ¿qué tipo de consuelo se le puede ofrecer para satisfacer a un padre, por la pérdida de su ser naturalmente más amado?

Una mujer bibliotecaria pasaba por la granja que le habían asignado hace poco al capitán, cuando atestiguó su rostro y le refirió, no sin precisión, que en su gesto se leía el pesar, por lo que le recomendó viajar al norte, en donde el gran monumento, se decía, reorientaba la vida de los que peregrinaban.

El capitán la miró fijamente a los ojos. No tenía ningún sentido. No era algo que el haría en circunstancias normales, pero estaba cansado de esperar ahí, de modo que caminó alejándose, queriendo huir e instintivamente buscando mutar, sin voltear, dejando atrás todo, especialmente a sí mismo, rumbo al norte, y no fue visto nunca más en esos dominios, desconociendo que casualmente al abandonar el sitio, salvaba su vida de la tempestad bélica. El artillero Cachiporra, sin embargo, se volvió una gran personalidad, luego que la batalla del asedio se despliegue, y fuera sólo él, aquella única persona de la villa que estaba versada en las ciencias de la violencia. Les alentaría y enseñaría a defenderse, aunque nunca llegó la hora del combate. No para ellos.

La bulla de cierto festín en las afueras les atrajo. Cuando se asomaron a la palizada, constataron que estaban rodeados por un ejército colosal de filas interminables y tan variado como podía serlo. Por la entrada principal, cabalgaban tres caballeros de armaduras relucientes y capas blancas colgando por sus monturas. Atrás, parte del ejército se iba formando en legiones sólidas, que iban dejando los campamentos y tiendas de campaña para ocupar sus puestos infatuados con ideales de conquista y gloria.

Sin ningún tipo de vergüenza o sentido de la oportunidad, “Mascota” Chánchez plantó su regordeta figura en medio del camino principal, extendiendo la mano, como quien pide y sonriendo con los ojos. El comandante Orejuela se adelantó y se retiró el casco con muchísima dificultad, preguntando a los vagabundos si venían a rendir la ciudad.

El mendigo anónimo no entendía claramente dónde estaba parado. Este era el mismo Imperio que había eliminado los servicios de salud para imponer un impuesto obligatorio y retroactivo a la vida. Extendía risueño, insensato y desubicado, su harapiento brazo con una mano sucia llena de callos.

Los caballos se impacientaban mientras el comandante Orejuela desmontaba y se acercaba a los dos mendigos en medio del camino. Entonces “Mascota” Chánchez dijo en voz baja a su compadre que quizás no era buena idea, pero el anciano decía haber mendigado su vida entera. El harapiento sujeto de veinticinco años no tenía nombre, por lo que, desde su perspectiva, no tenía nada en juego, puesto que era nada más que otro súbdito circunstancial del reino.

Frente a los susurros del regordete amigo del mendigo, el Comandante Orejuela gritó furioso - ¡¿Qué fue lo que dijiste?! – haciendo saltar a “Mascota” Chánchez, pero sin perturbar al sonriente suplicante que replicaba – ¿No me escuchaste? Con tremendas y notables…ehm … - Con tremendas ganas que tenía de pedirle una moneda para este vagabundo sin oficio-. Dijo, mientras corregía su discurso en el acto.

Orejuela, furioso, sentía que sus colosales apéndices auditivos se enrojecían de la cólera y de lejos parecía un papagayo de alas extendidas listo para emprender un vuelo rabioso e iracundo. Desencajado, iba a poner al mendigo en su lugar, cuando un grito desde la lejana retaguardia anunciaba lastimeramente que habían sido emboscados y todo estaba ya perdido. Al voltear confundido, notaba, al lado de los otros altos mandos, que a sus espaldas grandes incendios y caos reinaban entre el corazón de sus filas.

1. Pueblo Verde

Habían pasado años y el cambio del estilo de vida, luego de las guerras, había dejado efectos notables. Aunque un período breve de paz esperaba adelante, pronto, un poder se desbandaría y traería de vuelta el mundo a su esencia.

Por fin, el capitán Juan P. C. había llegado caminando al pueblo verde y silencioso, en un ensimismamiento absorto se dejaba reposar sobre la banca de un parque lleno de flores. Había perdido la facultad de contar los días. A su costado, dos pobladores hablaban muy animados. Él había casi olvidado el uso habitual de la lengua común y se había limitado a pensar en imágenes y representaciones de conceptos, de modo que, en cierto modo, había ligeramente desaprendido a comunicarse con otros, en el trance ininterrumpido de su peregrinación.

Los dos pobladores, sin saberlo, empezaban a encontrarse, uno había descendido de una barca y había sido llamado por el otro, quien paseaba a su vaca sagitariana. Entusiasmado por ver volver a un hombre de mar le decía animoso – Don Tilapio, que gusto verle de nuevo por acá-, a lo que el hombre le respondía con cortesía – Señor Perejil, el gusto viene siendo compartido, por cuanto me es grato ver que usted no ha muerto todavía-, lo cual era un saludo frecuente de las regiones.

El bien acomodado Señor Perejil le replicaba, sin embargo, que a veces, incluso en la muerte, hay gratitud mediante el recuerdo, pero pronto cambiaban de tema, debido a que muchas noticias provenían del sur. Don Tilapio exaltado le decía a voz viva, mientras los transeúntes podían escucharle, que el Imperio había sido saboteado por una fuerza revolucionaria misteriosa que se mantenía agnónima.

Mientras el señor Perejil se acomodaba el peluquín del impacto le respondía que acá no habían estado faltos de sucesos y se rumoreaba que ciertas bestias marinas habían extirpado a los piratas de sus dominios. Mientras ellos discutían sobre las abundantes noticias del mundo, tardaron en percatarse que el capitán Juan P. C. yacía como una estatua mirando al horizonte.

Mientras dejaba estacionada a su vaca sagitariana, Don Perejil deducía en voz alta que quizás iba al monumento, y le indicaba con la mano, a lo lejos, un obelisco que sobresalía de entre las casitas. Todo ello, en afán de brindarle ayuda, pero la situación mental del capitán era frágil en ese momento.

El hombre de mar, perdido, y dándose por descansado en su banca, no entendía que sucedía, ni porqué un sujeto venía con el índice levantado a balbucearle, pero intuyó que lo estaban botando, y no habiendo escuchado nada de la conversación se dirigió como un alma en pena a donde le mandaban, sin entender absolutamente nada de lo que sucedía, en general, en las fuerzas del mundo.

Al llegar a la gran estructura, pudo notar que diversos monjes encapuchados daban vueltas, conversando entre el jardín, atendiendo a debates amigables, o contemplando en silencio el cielo o un viejo libro.

Uno de ellos se acercó al capitán y le preguntó si venía al ritual, frente a lo cual el capitán le miró absorto, desorbitado, con el encaje visual de un lunático en sus peores días. Las arrugas habían cedido en su piel, a pesar de que no era tan viejo, la fatiga de su espíritu había empezado a encanecer su barba y la falta de contacto con personas le había producido una especie selectiva de sordera cognitiva.

El monje, entonces, le preguntó su nombre, frente a lo cual se limitó a decir – el capitán, para luego quedarse colgado en un silencio interrumpido por una vorágine de recuerdos. El monje le miraba entre fastidiado y curioso – El capitán…- repetía, como estimulando una finalización de la respuesta. - ¿Capitán algo?, ¿Sólo capitán? -

El capitán Juan P. C. había entrado en una situación de no retorno. Era bombardeado por estímulos muy intensos que hacían eco en lo hondo de sus cavernosidades ontológicas: el olor cercano de esa crema de cadito, la dulzura de esa voz, el tono inquisitivo en el fraseo y enunciación de las palabras…Sacudido por la fuerza del recuerdo, el capitán despertó de un largo sueño y veía a través de la capucha del monje con una sonrisa tan extendida que algo de saliva se le caía por los lados de la boca.

Asqueado, el monje dio un paso atrás, sacudiendo la cabeza y descubriendo su larga cabellera y su rostro: el rostro familiar de una bella joven, mientras replicaba inicialmente – ¡Puaj! – para luego abalanzarse magnéticamente a los brazos de su amado padre, a quien por fin reconocía. Entre lágrimas, el capitán juraba ante todos los dioses: - ¡Si te vuelvo a perder, dejo de llamarme Juan Pez Cadito!